de aquí? ¿En qué estrechura me he metido? ¿Qué posición tan falsa he aceptado?

—¿Y bastaría, según vos, ese solo malestar para producirme fiebre, para ponerme pálida, para hacerme caer en el abatimiento, para determinar crisis nerviosas?... Me creía mucho más fuerte.

—Lo sois, ciertamente: los sufrimientos de esos señores no hacen sino entristeceros... Vuestra enfermedad reside en vos misma; vuestros nervios reciben su sobrexcitación de los combates que en vos se libran, de vuestras vacilaciones, de la incertumbre constante en que vivís.

—¿Qué incertidumbre?

—No amáis á esos señores, pero no estáis segura de no llegar á amarles: os agradan, su conversación os es simpática, sus miradas os causan una turbación pasajera. Cuando ejecutan alguna noble acción, cuando os prestan un servicio, vuestro corazón palpita más de prisa; y lo que os disgusta, lo que os enerva, lo que os inquieta y enferma más que nada, es que ignoráis cuál de los dos os atrae más. Flotáis sin cesar del uno al otro, vuestra imaginación se extravía, y os perdéis en interrogaciones, en investigaciones inútiles.

—¡Porque no amo! —exclamó. —¿Puede amarse sin saber á quién? ¿Puede una engañarse?

Había levantado la cabeza y se expresaba con energía.

La noche había cerrado, y la luna, en posesión ya del cielo, en el que reinaba sin competidores, iluminaba el encantador rostro de la señora de Guéran, plateándole en cierto modo y prestándole infinita dulzura.

XXVII

El doctor continuó tranquilamente sin turbarse:

—Creo, como vos, baronesa, y ya me he dado cuenta de ello: no amáis; si esos señores se separan de vos mañana, les olvidaréis. Sólo su presencia os causa hoy cierta intranquilidad; podría decir cierta irritación; no os inspiran sentimiento profundo alguno; no os hacen experimentar sino sensaciones nerviosas. Perdonad, ahora es el médico el que os estudia.

—Entonces—dijo la señora de Guéran—mi mal es conocido, y habéis encontrado su causa. Los señores de Morin y Periéres me inspiran un vago interés, mal definido, casi inexplicable: y ese interés dividido—añadió sonriendo—me atormenta, me enferma y me mata.

—No, querida cliente, no: no hemos llegado todavía, porque no es eso todo. No sois mujer que se deje acabar por tan poco: no sois en modo alguno, como esas niñas ignorantes de la vida, á quienes sus exageraciones de senti-

miento y sus escrúpulos de conciencia aniquilan y enlanguidecen. El interés, pues que usamos la palabra, que experimentáis por mis dos amigos, no os impresiona hasta ese punto. Ni aun os causa remordimientos cuando pensáis en el señor de Guéran y esperáis encontrarlo. Tenéis hoy los más fundados motivos para creeros viuda, lo sois legalmente, oficialmente; podíais otorgar entero vuestro corazón á cualquiera de vuestros compañeros de viaje, y debemos admirar que no les hayáis concedido sino esa partícula de... interés, que si llega el caso sabréis seguramente retirar. Luego, y lo repito, ningún remordimiento... por ese lado.

—¿Hay otro?—exclamó intentando sonreir, pero sin lograr ocultar la emoción que la producían estas últimas palabras

—Sí—dijo Delange resueltamente;—vos amáis sériamente allá lejos, muy lejos, á aquel que no pudo acompañaros y á quien yo reemplazo: amáis al doctor Desrioux.

Se estremeció al oir este nombre, pero no contestó; no pretendió ni aun imponer silencio á su indiscreto confidente.

El doctor continuó con tono más dulce:

—¡Ah! ¡Cómo creéis que entre compañeros puede ocultarse nada! Yo no hablo mucho, parece que no veo, y se dicen: «Este doctor Delange no tiene ojos sino para los naipes; no es incómodo.» Se engañan; yo miro por cima de mi juego, haciendo pequeñas observaciones. Ausculto... moralmente mis inmediatos, mientras barajo ó doblo una baza. Desde el

día en que tuve el honor de seros presentado, señora, y trabar amistad con el señor Desrioux en vuestros salones, comprendí que mi compañero sentía por vos un culto profundo; al día siguiente, adiviné que no érais vos insensible á su afecto: pero, para decir toda la verdad, para nada dejar en la sombra, debo declarar también que ignorabais vos misma la fuerza de vuestra afección el día que abandonasteis la Francia. Si os hubierais de ello dado cuenta, no hubierais admitido como compañeros de viaje á los señores de Morin y Periéres: sabíais que estaban enamorados de vos, y hubiera herido vuestra delicadeza dejarles enamorarse más sin esperanza. Poco á poco, más tarde, por la ausencia, por la distancia, las cartas cruzadas, las noticias recibidas, es por lo que habéis conocido el poder de vuestro afecto y quizás ha crecido.

La baronesa continuaba en silencio, pensativa y trémula ante lo que oía: ya se había dicho todas aquellas cosas con reticencia, en voz muy baja, temerosa, pero era la primera vez que de ellas la hablaban. De pie, apoyada contra el tronco del árbol, con la cabeza un poco inclinada, escuchaba al doctor sin interrumpirle, sin parecer desearle menos explícito y más discreto. Por el contrario, la triste sonrisa que se dibujaba en sus labios, parecía expresar: seguid, seguid siempre; vuestras palabras me duelen, pero es preciso que las oiga, es preciso que me dé exacta cuenta de mi posición. Vos parecéis conocerla mejor que yo misma; hablad, pues, y si podéis después

curarme, como buen médico, yo os aseguro que me haréis un gran favor.

El señor Delange, por su parte, se consideraba animado por el silencio, por las miradas de la señora de Guéran, y en pie ante ella, con el codo apoyado en el árbol mismo, la frente en la palma de la mano, continuaba hablando cariñosamente, fraternalmente, un poco conmovido por lo que decía él mismo; un poco impresionado también, sin conocerlo, por el contacto mágico de aquella adorable mujer.

—Ese amor—decía—que habéis arrastrado sin saberlo, os hiere y os mata; querríais arrancarlo de vuestro corazón, y no podéis. Hay instantes en que pretendéis acercaros á los señores de Morin y Periéres, con la esperanza de que os curarán del... ausente, y apenas os han impresionado un poco, porque ambos son encantadores, huís de ellos, temerosa de no pertenecer ya por entero al... otro. Volvéis hacia él, humilde, arrepentida, sumisa... y en el acto se os aparece vuestro marido allá abajo, lejos también, en las desconocidas regiones hacia donde vamos. Deseáis encontrarle; el deber os arrastra, y su recuerdo os es querido; pero tembláis ante la idea de que, como vuestro corazón ya no os pertenece, no podéis volvérsele. He ahí, querida baronesa, todo lo que podíais decirme: soy un raro confidente, puesto que he sido yo quien ha hablado todo el tiempo. Os preguntaba vuestros secretos: los habéis escondido, y he tenido yo que revelaros mis pequeños descubrimientos.

No obstante, no me arrepiento de mis indiscreciones ni de mi charla: os han enseñado á conocerme, á ver en mí el amigo decidido, el hermano cuidadoso de vuestra dicha. Ya no me guardaréis tan alejado de vos, y cuando sufráis demasiado, me llamaréis y me abriréis por completo vuestro corazón: es el único medio de sufrir menos.

Calló y entónces se separó del árbol en que se apoyaba, y tomó, siempre silenciosa, el brazo del Doctor. Dirigiéronse al campamento y llegaron pronto á las primeras tiendas frente á la suya. Antes de separarse del señor Delange, la señora de Guéran se volvió á él y le tendió ambas manos; aquel movimiento valía tanto como:

—Os perdono el atrevimiento de vuestras frases; os habéis mostrado mi amigo, y os lo agradezco.

Después desapareció, mientras él se alejaba por su lado y ganaba su choza.

El señor Periéres y el señor de Morin no se hallaban tan absorbidos, el uno por sus notas y por su cigarro y su contemplación el otro, que no siguieran con sus miradas una parte de la velada del doctor Delange y la señora de Guéran; se juntaron y discurrían sobre tan largo aparte.

—¿Qué puede decirla?—preguntaba el señor Periéres.

—No adivino, pero parece interesante.

—Sí, la luna ilumina el rostro de la baronesa, y parece muy conmovida.

—¿Creéis que el doctor conozca nuestra

situación respecto á la señora de Guéran?

—De seguro—respondió el señor de Morin; —es demasiado observador, demasiado inteligente, para no haberse apercibido de nuestra profunda veneración. ¿Por qué me lo preguntáis?

—Porque Delange es capaz, si no nos creyese á nosotros enamorados, de enamorarse él.

—¿Y creeis que le detendrá el saberlo?

—Perfectamente: es muy nuestro amigo, tiene rectitud sobrada para seguir nuestra pista. ¿Estáis celoso acaso, querido?

—¿Del doctor? ¡Oh, no! Respeto mucho á la señora de Guéran y la creo lo bastante desdichada por su posicion entre nosotros dos, para creer que vaya á complicarla más aún.

—¿De Morin?

—¿Periéres?

—¿Queréis que seamos sinceros?

—Siempre lo fuimos.

—Menos en Khartum, donde por poco chocamos.

—Sí, pero aprovechamos la ocasión para prometernos completa franqueza, y no he faltado á mi juramento.

—Ni yo al mío, ¿lo creéis así?

—Ciertamente; además de que hemos tomado precauciones contra la tentación que pudiéramos sentir de devorarnos mutuamente: nuestras condiciones son sabias y justísimas: si la señora de Guéran deja conocer en una palabra, en una mirada, á cualquiera de nosotros que es el preferido, deberá inmediatamente advertir al... sacrificado, quien renunciaría en el

acto á toda esperanza, á toda tentativa, y se alejaría.

—Sí, precisamente; pero no puedo desgraciadamente, mi querido amigo, rogaros que os alejéis.

—Ardo en deseos, querido Periéres, de deciros: «partid,» y nada me autoriza á ello.

—Mejor que mejor, porque en realidad me encontraría no poco perplejo, si hubiera de volver á cruzar solo el territorio de esos horribles Bongos, de esos amables Dinkas, sin contar los Chillouks y el resto. Creo que más vale, por mí al ménos, que la señora de Guéran no se decida en favor nuestro.

—Lo cierto es, querido, que voy temiendo no se decida ni por uno ni por otro.

También yo lo temo; conoce que haría sobrado daño al vencido. No somos generosos, la coartamos su libertad, quizá la impedimos expresar lo que desea.

—Y sin embargo, me falta el valor para proponeros, amigo mío, que en lugar de descender mañana esta colina para penetrar entre los Niams-Niams con todos vosotros, me dejéis volver sobre mis pasos en compañía del fiel José montado sobre un asno que os dignaréis separar de la caravana.

—Ni sueño en ello, querido de Morin; aunque si hubiesemos vivido en otra época, ya hubieramos encontrado medio de entendernos.

—Sí, en nuestra posición, los mosqueteros de la Reina, por ejemplo, no hubieran dudado en requerir sus tizonas. Alguna vez lo he recordado: aquellos tiempos tenían algo de bue-

no; al menos porque la espada arreglaba muchas cuestiones.

—Aun podría volverse á aquella moda... ¡Oh! En el centro del Africa no pertenecemos á época determinada. Cuando se acaba de visitar á las mujeres Bongos no se tiene ya sino vaga idea del tiempo en que se vive; y á nadie podría extrañarle el retroceso hacia el décimo-octavo ó décimoséptimo siglo.

—Veo que os atrae la idea; pero, creedme, no persistáis en ella. Si llegara á mataros, ó á ser muerto, la señora de Guéran, la conozco, me tomaría horror, ó concebiría odio por vos. No ama al siglo pasado, es toda de su tiempo; y si pasa á través del Africa persiguiendo una idea, no por eso se fija en las costumbres de los Bongos.

—Posible es. Esperemos entonces, mi pobre amigo.

—Sí, esperemos; es lo único que podemos hoy hacer.

—Perdonad, también podemos acostarnos. Son las dos, y partiremos á las cinco.

—Justo. ¿No me guardaréis rencor por haberme acordado de los mosqueteros de la Reina?

—¡Guardaros rencor! La idea era excelente; sólo que no era práctica, como otras muchas ideas buenas.

—Buscaré otra.

—Yo también la buscaré. Buenas noches, querido.

—Hasta la vista, amigo mío, hasta muy pronto: de aquí á tres horas.

Al siguiente día, antes de la doce, la caravana entraba en el territorio Niams-Niams tambor batiente.

XXVIII

Mientras que en el centro del Africa ecuatorial la expedición francesa, á quinientas leguas de todos los mares que bañan el continente africano, y con la Europa comunican, se disponía á penetrar aún más adentro, á salvar fronteras hasta el día consideradas infranqueables, los parisienses continuaban su habitual género de vida y sin tomarse pena por los intrépidos viajeros, se dedicaban á sus pequeños quehaceres ó á sus grandes placeres.

No obstante, las diferentes sociedades geográficas habían inserto en sus boletínes algunas noticias recibidas de Khartum con fecha de Enero de 1873; pero estos boletines no figuran ante la literatura corriente y pasan desapercibidos de las gentes á la moda.

En el salón de la marquesa de Genevray, la tía del señor de Morin, después de ocuparse de la comedia nueva, del último debate jurídico, ó de las modas en ciernes, se aludía á veces al mar Rojo, pero deteniéndose ante el temor de cometer algún error geográfico. Un día la señora de Genevray, para animar la conversación, dijo: «Acabo de recibir

noticias de mi sobrino; está en Suakin,» mirábanse unos á otros con admiración, y nadie osó recoger la frase, á excepción de una acartonada señorita, que creyó deber replicar meneando la cabeza: «¡Suakin! ¡Qué lejos de París!» Y todas las mujeres contestaron en coro: «¡Oh, sí! ¡muy lejos! ¡muy lejos!»

Tiempo andando, la marquesa pronunció los nombres de Korosko, Bahr-el-Gazal, Gondokoro, y sus tertulios la oyeron con espanto; preguntábanse qué significarían tantas palabras raras y duras, dónde se encontrarían todos aquellos países de quienes nadie había sospechado la existencia. Tanto que la señora Genevray se propuso ser más circunspecta en lo futuro, geográficamente hablando.

En el club, de que continuaban formando parte los señores Periéres, Delange y de Morin, viéronse durante tres semanas sobre la mesa de la Biblioteca algunos de los libros que editaba Hachette: el *Albert-Nyanza*, de Baker, la *Ismailia*, el *Africa-austral* de Livingstone, los *Viajes á los grandes lagos*, de Bourton; pero todos ellos, comprados sólo como un recuerdo á compañeros queridos, apenas fueron abiertos, y desaparecieron pronto bajo las novelas de la víspera, las revistas de la quincena y los diarios de la tarde.

Si algunos miembros del Círculo, de cinco á siete de la tarde, ó por la noche antes del bacarat, se ocuparon en Octubre y Noviembre de la expedición parisiense, preguntaron noticias y parecieron interesarse por ella, en Diciembre y en Enero ya la habían olvidado.

Las últimas obras de Augier y de Sardou, las hazañas de la señorita X, el duelo de Z, el desastre del joven D, daban pasto, en aquella época, con un poco de política, á todas las conversaciones.

Sólo el doctor Desrioux y el conde de la Pommerelle, persistían en seguir con el pensamiento ó sobre los mapas á sus amigos africanos: si bien, como éstos no habían escrito desde su salida de Khartum, tenían que contentarse con el itinerario y el proyecto que en pocas líneas se les comunicara. Unicamente con datos vaguísimos, con probabilidades, más bien que con certezas, pudieron todavía acompañarles, con el auxilio del mapa, dirigiéndose con ellos hacia los territorios someramente indicados.

A las cartas íntimas, donde tan diversamente se retrataba la personalidad de cada uno de sus amigos, y que con tanto placer leían antes, sucedieron relatos de viajes públicos al alcance de todos: estudiaban el Africa en los libros, en lugar de vivir en ella como hasta entonces, con aquellos cuyo recuerdo amaban.

Preveían el instante ya en que la caravana, después de separarse de los Mombouttous, penetrara en regiones de que ninguna narración, ningún documento les permitiese formar idea. Una laguna inmensa de centenares de leguas, les salía al paso, y sólo su imaginación podría suplir á los datos ciertos que aún poseían. Recordando entonces el sentimiento manifestado por Periéres en su última carta desde Khartum, respecto del acordado itinerario y del ca-

mino más corto que indicaba por el Sudoeste, prometíanse los dos viajeros de salón partir de Zanzibar y subir hacia el Oeste en dirección de los grandes lagos, al encuentro de sus amigos.

Ya clavaban alfileres en los mapas, y preparaban miscroscopios, para descubrir los sitios en que la caravana debía detenerse.

Pero estos proyectos y estas ideas no absorbían por completo al señor Desrioux y al conde; dividía el primero sus horas entre los enfermos y su madre, cada día más delicada, dándole ya serias inquietudes; el segundo vivía siempre, desocupado, aburrido, fatigado de París, de donde, sin embargo, no podía salir por hábito y por cierta cadena que se había echado al pescuezo años antes.

Los eslabones de la tal cadena, en un principio estuvieron ocultos bajo flores, que la hacían parecer más bien una guirnalda perfumada, grata á los ojos; el tiempo ajó las flores, arrebató las hojas y los tallos, y ya se veían los anillos desnudos y aun en algún punto enmohecidos. Eran más sólidos que las flores, y á menos de un suceso, de un esfuerzo que les rompiera violentamente, eran aún bastante fuertes para retener mucho tiempo á su prisionero.

Mas todo puede temerse de una cadena cuyas flores han desaparecido, y que sólo cubre el orin: pudo comprenderlo así el señor de Pommerelle, en el año de gracia de 1873, á los primeros efluvios de la primavera, á la renovación de la naturaleza, cuando mujer y pájaro sueñan con nuevos amores, aspirando á alzar el vuelo hacia dorados horizontes.

Después de haber dado vuelta en victoria al Lago Grande, haberse detenido unos minutos en el Círculo para saber noticias y dar la última mano á su *toilette*, cierta tarde de Abril, el señor de la Pommerelle se encaminó á la plaza de la Magdalena y subió á casa de Durand. Llegado al primer piso, vió abrirse ante él una puertecita, y entró en un gabinete cuyas cortinas estaban corridas ya, aunque aún fuese de día en la calle.

Sobre la mesa colocada ante el tradicional diván, bajo un espejo, había dos cubiertos juntos: sin duda el mayordomo de Durand esperaba al conde, y se había preparado; sin embargo, contra toda costumbre de comidas reservadas, no encontró el señor de la Pommerelle quien le aguardase. Los dos cubiertos y los candelabros encendidos para reemplazar al gas detestado por los elegantes, eran su única compañía.

Dieron las siete, luégo la siete y media en el relojito imitación de Luis XVI que adornaba la chimenea, y aun el señor de Pommerelle, tranquilo, estoico, como hombre de antiguo avezado á los caprichos femeninos, se veía reducido para hacer tiempo á beber vermouth y á leer periódicos.

Por fin, á eso de las ocho menos cuarto ligeros pasos y el roce de la seda contra las paredes, resonaron en el pasillo; abrió un criado rápidamente la puerta del gabinetito, apartándose después para dar paso á una mujer ves-

tida de oscuro, con un capuchón y completamente oculta por el velo. El ambiente se impregnó de dulces y débiles perfumes, y toda la habitación pareció iluminarse y estremecerse.

Ayudada por el conde, se desembarazó de sus velos la recién llegada y pudieron admirarse entonces un talle redondo, un pecho exuberante, cabellos rubios ondulados, ojos de una ingenuidad, de una dulzura infinitas, y un delicioso rostro que parecía defenderse aun con ventaja de las primeras indiscreciones de los tiempos, sin tomar en serio las bruscas advertencias de los treinta y cinco años.

—¡Qué tarde venís, querida Lucila!—la dijo el conde.

—En lugar de quejaros, dadme las gracias, querido—respondió ella sentándose y desplegando su falda sobre el sofá, de suerte que ocultó á medias al señor de Pommerelle sentado á su lado.—Temí no poder salir; he tenido visitas hasta las siete.

—¡Cuánta gente recibís ahora!—exclamó él en tono de reproche.

—Sí, recibo mucha gente, por pasar el tiempo—añadió Lucila royendo camarones.

Un mozo misterioso, una sombra, un silfo, sirvió la sopa y dos entradas, desapareciendo en seguida discretamente.

Ambos convidados se pusieron á comer: el conde, como hombre á quien el uso prolongado del vermouth ha desfallecido; su compañera, como saben hacerlo las rubias un poco gruesas que han salvado la treintena, voluptuosamente, á dos carrillos, con toda la boca, con ligeros gritos de contento, con cortadas exclamaciones sensuales.

Sin embargo, de pronto, Lucila, sin soltar la chuletita de cordero que trituraba con sus blancos dientes, se volvió hacia el conde, y mirándole cara á cara, le dijo:

—¿Queréis casaros conmigo, querido?

—¡Eh! ¿Qué?—¿Qué dices?—exclamó el señor de Pommerelle, que se detuvo bruscamente en el instante de tragar un trozo de su chuleta.

—Vuestra admiración no peca de amable—respondió la dama rubia. —Añadiré aún que nada la justifica: soy viuda, he tenido un marido, un marido verdadero, nadie le ha conocido, porque no me agradaba exhibirle; pero ha existido, formo pues entre las mujeres que se pueden casar sin gran escándalo, sobre todo cuando se ha contraído con ellas una deudilla de agradecimiento.

—Y no dudéis de que mi agradecimiento será eterno, amiga mía—dijo el conde un poco repuesto, tragando el bocado.

—Sí, sí, ya sé eso; y también vuestro amor será eterno, y mi viudez se eternizará del mismo modo. ¡Pues bien, amigo mío! estamos en Abril, época de matrimonios! Ved las alcaldías, no descansan. Ayer fuí al campo y en todos los árboles ví nidos; esto me dió ganas de tener el mío, un nido que embecelleríais con vuestra presencia legal. Hasta este momento no hemos hecho sino descansar momentáneamente aquí, allá, á derecha

ó á izquierda; estoy cansada de esta errante vida, necesito fijar mi porvenir, y he pensado naturalmente en vos, conde querido, á quien consagré tan bondadosamente lo mejor de mis verdes años.

—Os doy mil gracias—respondió el señor de Pommerelle, que atacaba tranquilamente el segundo plato;—sí, mucho, y soy muy sensible á la atención. Pero vuestra juventud se halla aún en todo su esplendor, más aún, puede decirse que se encuentra en su aurora, y no comprendo por qué pensáis ya en....

—¿Hacer punto? Decid la frase, aunque se aplique vulgarmente á vuestro sexo. Pienso en ello, amigo mío, porque es ya tiempo.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí! Dignáos atender á mis razones.

—Con gusto. ¿Un poco de salsa?

—Venga—continuó.

—Escucho.

—Podéis aún casaros conmigo apareciendo dominado únicamente por vuestra pasion hacia mí, si por el contrario, tardáis, se creerá que obedecéis mis órdenes, lo que sería menos agradable para vuestra servidora y menos explicable para vos. Además, aún tengo otro segundo motivo...

—Veámosle ese segundo.

—Le reservo para el asado: podrían interrumpirnos.

—Entonces, llamo: pues ya tengo deseos de oíros.

—Justo, llamad, y cuando quedemos solos, frente á frente del faisán anunciado en la lista

y del excelente Chambertín que encargáis para mí siempre, os recitaré mi rosario.

El señor de Pommerelle oprimió el botón de la campanilla eléctrica.

XXIX

El mozo acudió provisto del faisán y del Chambertín encargados, puso en orden la mesa, lanzó una mirada discreta pero elocuente sobre ambos convidados, sonrió como sonríen los mozos de comedor reservado, y abriendo la puerta se evaporó en el pasillo.

Durante esta corta operación, miraba el señor de Pommerelle á Lucila con el rabillo del ojo: estaba ciertamente deliciosa, con sus grandes ojos transparentes, sus bucles rubios sobre la frente, sus cejas anchas bien dibujadas, su nariz palpitante, sus labios gruesos, húmedos, su barbilla redonda y su tez maravillosa, á la que el Chambertín empezaba á teñir de rosa vivo.

Nadie la hubiera supuesto más de treinta años, sobre todo si se fijaba en su cuello perfectamente liso, sin embargo de que en él se lee la edad de las mujeres, con todas sus letras, si se sabe mirar.

—Vamos, amiga mía—dijo el conde trin-